

Ñños

DAVID VELA MONGE



La llegada de septiembre nos devuelve a la rutina. Un mes gris donde el buen tiempo nos va abandonando, los días se acortan y los niños vuelven al bendito colegio.

Tienen por delante un nuevo curso lleno de conocimientos y exámenes, o el mismo si son de los que cogen gusto a una clase y se hacen viejos en ella.

Es hora que nuestros hijos regresen a las aulas, pero con tranquilidad, un día un rato y así, poco a poco. La vuelta al colegio les produce estrés pos vacacional, alteraciones del sueño y desorden alimenticio. Tenemos más tonterías que una tienda de los chinos.

Que si llevan demasiados libros en la mochila y les duele la espalda; que la tablet les da calambre; que hace demasiado calor en clase o demasiado frío; que el polvo de la tiza da alergia; que el bocadillo tiene que tener unas dimensiones y calorías concretas, para que el niño llegue con hambre a degustar el menú que dan en el comedor; que si el autobús de ruta los deja demasiado lejos de casa y tienen que andar cien puñeteros metros.

Nuestros padres se levantaban un par de horas antes de ir al colegio para ordeñar o lo que tocara ese día, y cuando terminaban las clases como actividad extraescolar en vez de fútbol o gimnasia rítmica, se subían encima de un trillo a dar vueltas a la era. Estos nunca tuvieron estrés pos vacacional porque no tenían vacaciones, ni alteraciones del sueño por que caían rendidos a la cama y desórdenes alimenticios por necesidad.

Lo peor era querer ir al colegio y no poder. Ahora, aun con todos los medios al alcance de nuestros niños, son pocos los que aprovechan la educación que se les ofrece.

Yo iba al colegio a pie, estaba a unos dos kilómetros de casa, antes no había un colegio en cada calle como ahora, los recorríamos cuatro veces al día, con libros, sin libros, lloviendo, con calor, solos, nunca fuimos de la manita de nuestros padres.

Hemos estado dando clase con un aviso de bomba. En época de exámenes era muy corriente recibir llamadas en dirección diciendo que había una bomba en el gimnasio.

Creo recordar que solo vi a la policía la primera vez que pasó, nunca más volvieron.

Cada vez estoy más convencido de que nos estamos equivocando con los niños en todos los aspectos. Los arropamos tanto, que los estamos convirtiendo en unos seres sin más motivación que vivir bajo la estricta seguridad que la vida los regala por ser niños; luego crecen y la vida da unos palos a los que no están acostumbrados, es poner un pie fuera del férreo cerco, ese sitio que es casa donde están a salvo y se la maman.

No digo que vuelvan aquellos tiempos donde ir al colegio aunque fuera en ínfimas condiciones era un lujo, que quizás espabilara a toda esta generación de protegidos.

La protección de los niños es primordial y está por encima de todo, pero se escucha y se ve cada parida, que te hace pensar que en vez de niños quieren que criemos ñños.

“
Los arropamos tanto, que los estamos convirtiendo en unos seres sin más motivación que vivir bajo la estricta seguridad que la vida los regala por ser niños...”

”